

## **CULTURA GITANA: REFLEXIONES PARA UN DEBATE**

Ponencia de Joaquín Albaicín

XIII Jornadas de Enseñantes con Gitanos  
Madrid, septiembre 1993

Señoras y señores, buenos días

Me llamo Joaquín Albaicín, y estoy encantado de hallarme hoy entre todos ustedes.

Albaicín es el sobrenombre, o el nombre artístico, por el que se conoce desde hace cuatro generaciones a mi familia, una familia gitana que ha brillado en el cultivo de distintas artes, entre las que deberíamos citar con prioridad el toreo y el baile flamenco.

Nací, pues, en 1965, de madre gitana. Mi padre no lo era. Y el arte que yo he escogido para tratar de expresar a través suyo lo mejor que haya en mí ha sido el de la literatura, un camino que en mi familia, hasta ahora, no había sido experimentado.

Soy, pues, escritor, así como colaborador de distintas publicaciones, entre otras el diario Abc, en el que me ocupo desde hace años de la crónica de arte flamenco.

Antes que nada, quisiera pedir a todos disculpas por atreverme a tomar la palabra en estas Jornadas, ya que, como reza en su lema, son unas Jornadas de Enseñantes con Gitanos y yo, si bien soy gitano, no soy enseñante y hace bastante que dejé de ser enseñado. Quiero decir, al margen de que la vida en sí sea un camino de continuo aprendizaje para todos, que mi paso por las aulas del colegio o de la Universidad queda bastante lejano, por lo que no puedo, ni mucho menos, considerarme un experto en cuestiones educativas, ni una persona que está al día sobre lo que sucede en los centros escolares en la actualidad, o acerca de cuáles son los principales problemas que, cotidianamente, afectan al niño, al adolescente o al joven gitano que cursa sus estudios en instituciones públicas o privadas.

Por lo tanto, la primera respuesta que di a Chimo Bustamante y Jesús Salinas cuando me formularon su invitación para que interviniese como conferenciante en estas Jornadas fue negativa. Estos dos buenos amigos insistieron en que mi presencia en ellas no estaría fuera de lugar, sino todo lo contrario, y acepté. Espero que tuviesen razón, estar bien y no aburrirles.

Ya que estoy entre maestros, creo que lo propio es comenzar la charla diciendo algo acerca del valor que la sociedad en que vivimos otorga a la educación.

Y mi opinión es que ese valor es desmesurado. Coincido plenamente con las palabras que, acerca de esta misma cuestión pronunciara hace años Fernando Sánchez Dragó en una conferencia polémica. Estoy de acuerdo en que a todos los pastorcillos de Orihuela que aspiren, porque la de poeta sea su vocación natal, a ser Miguel Hernández, les provea el Estado de los medios que, supuestamente, son necesarios para ello. Pero me parece denigrante y absolutamente anti-cultural y contrario por completo al espíritu de la enseñanza que se obligue a todos los pastorcillos de Orihuela a ser Miguel Hernández.

Como, por supuesto, no puedo dar otro calificativo que el de aberración cultural al desprestigio social que pesa sobre las espaldas de cuantos se ganan la vida con un trabajo manual.

A la hora de descender desde el plano de las felices especulaciones hasta el de la realidad cotidiana, descubrimos que no es oro todo lo que reluce. Yo he sido uno de esos estudiantes que un día se matricularon en una facultada para dar esa satisfacción a sus mayores, y puedo decir, aparte de que aprobé sin problemas sin aprender nada, que la Universidad que conocí, diseñada a la medida de las ambiciones ilegítimas de las masas, era lo menos parecido que he visto en mi vida a una verdadera Universidad, y que el espíritu que la animaba estaba tan lejos del espíritu universitario como la Tierra de Júpiter.

Todos conocemos fontaneros, carpintero y repartidores de butano que son absolutamente felices, a quienes su trabajo proporciona todas las satisfacciones económicas que precisan, que jamás se sintieron inclinados hacia el mundo de los estudios y que por tanto, no abrigan ninguna clase de sentimiento de inferioridad o de anormalidad por no haber triunfado en el campo de la medicina o el Derecho.

También todos conocemos, en el lado opuesto, cual es el verdadero panorama en el mundo universitario de hoy: miles de jóvenes que un día, impulsados sólo por la ambición, por el ansia más o menos legítima de ganar un día mucho dinero, se matricularon en una facultad y hoy son abogados, médicos, ingenieros o arquitectos frustrados a los que la vida, innecesariamente, les ha enseñado que, al revés de lo que pensaban los horteras de sus padres, para lo que ellos verdaderamente nacieron bien dotados era para ser excelentes fontaneros, carpinteros o repartidores de butano. Con lo dicho, queda fijado cual va a ser el punto de partida de mi charla. El de que, para empezar, los niños gitanos, lo mismo que todos los niños del mundo, pero quizá

especialmente los niños gitanos, no tienen ninguna obligación de ir al colegio, y mucho menos la de graduarse en la Universidad.

Podrá objetarse que, en esta sociedad -cada día más compleja- en que nos vemos obligados a desenvolvernos, en la que la competitividad por obra y gracia de la cual unos entran y otros se quedan fuera es la suprema ley, aquellos individuos que no hayan cursado ninguna clase de estudios se hallarán en una posición de franca desventaja con relación a aquellos otros que posean una titulación, incluso para acceder a trabajos no cualificados.

Esta objeción puede ser correcta desde muchos puntos de vista, pero omite, en su planteamiento, la circunstancia de que los gitanos, por muchos títulos académicos que podamos ir acumulando, no tenemos ni podremos tener nunca espíritu de competitividad.

Y ¿por qué - podrán preguntarse ustedes - los gitanos no tienen espíritu de competitividad, si todos nosotros, los payos lo tenemos, y los gitanos viven en las mismas ciudades que nosotros, ven los mismos programas que nosotros y compran en los mismos supermercados que nosotros? Pregunta que no sería sino expresión particularizada de un interrogante mucho más amplio: ¿por qué los valores que rigen la conducta del gitano son, a veces, tan diferentes de los que rigen la nuestra, llevando -como llevan- tantas generaciones viviendo en nuestro país e incluso vinculándose por lazos familiares a nosotros?.

Voy a decirles algo referente a mis años de estudiante que tal vez alumbre con una pizca de luz esta cuestión. Yo estudié en un centro religioso privado, en el que he de decir que jamás sufrí por parte de profesores o alumnos discriminación alguna, y en el que los únicos contratiempos que pude tener por mi condición de gitano fueron incidentes sin importancia, que tal vez sea inevitable que sucedan alrededor de todo aquel que pertenezca a una comunidad étnica diferente de la dominante en la sociedad en que vive. Yo era el único niño con sangre gitana en ese colegio. Y, aunque, como ya he dicho, no sufrí por esta razón la crueldad de la xenofobia, sí tuve, como en una reciente entrevista de prensa tuve ocasión de recordar, sí tuve, decía, durante toda mi niñez, ciertos problemas que podríamos llamar "sentimentales". Echaba de menos el crecer junto a otros niños que fueran también gitanos, el crecer junto a otros niños cuya sensibilidad fuese afín a la mía. No se trataba de que tuviese problemas de relación con los niños payos que eran mis compañeros de clase, no. En eso fui un niño completamente normal.

El problema, si es que podemos llamarlo así, radicaba en que yo tenía conciencia de que, a partir de cierto punto

de la conversación, o de la relación de amistad o de simple

juego, la comunicación entre mis compañeros y yo no era posible. Había una barrera que separaba lo mental de lo sensual, lo evidente de lo sutil, que en modo alguno podíamos atravesar juntos.

Para que nos entendamos mejor, pondré un ejemplo. A menudo, estando en clase, el profesor -para relajarse- contaba un chiste del que todos mis compañeros se reían a carcajadas y que a mí me dejaba completamente indiferente, porque me parecía un chiste sin gracia. Para los demás niños, en cambio, el chiste era graciosísimo.

Y viceversa. Había situaciones o comentarios que podían hacer que yo me desternillara de risa sin poder contenerme, sin que mis compañeros entendiesen, ni aun explicándoselas, las razones de mi risa.

Y aquí podrá hacerse alguno de nuevo la sempiterna pregunta. ¿ Por qué los gitanos van a tener un sentido del humor diferente del que tenemos los payos? ¿ Cómo es eso posible?.

Pues eso no solamente es posible, sino que es un hecho, porque la citada frontera que, como hemos dicho, separa lo mental de lo sensual, lo evidente de lo sutil, es equiparable a la frontera que marca la división entre Oriente y Occidente.

Y esta división entre Oriente y Occidente no es una división convencional, ni tampoco una división meramente geográfica. Es una división de naturaleza espiritual. Una división que separa a dos tipos de hombres esencialmente diferentes.

Por ejemplo, si tomamos el mapa del mundo, apreciamos que América del Sur está situada exactamente en el Extremo Occidente de él. Sin embargo, aunque puede parecer paradójico o absurdo, la verdad es que, cuando uno está paseando por México o por cualquier ciudad de otro país de su mismo ámbito geográfico, no está paseando por el Extremo Occidente, sino por el Extremo Oriente.

¿Por qué?. Pues porque la sangre que en estos países predomina, aunque posteriormente se mezclase en mayor o menor grado con la de los conquistadores, es la sangre india, llegada hace más de 25.000 años de lo que hoy es el Indostán, como sabe cualquiera que se haya introducido mínimamente en el estudio de la etnología o la antropología. Efectivamente, los gustos, las maneras, la mentalidad y el talante de los mexicanos o los colombianos son mucho más afines a los de los habitantes de Bombay que a los

habitantes de París o Nueva York.

De ahí las grandes dificultades que Occidente se está encontrando al tratar de trasplantar su sistema político y económico, la democracia capitalista, a estos países; las tensiones, resistencias y reacciones violentas que no se suponen propias de occidentales.

Y de ahí la irónica, aunque inconfesada, evidencia de que la problemática de las naciones de América del Sur está más próxima a la problemática de Kuwait, Indonesia o Pakistán que a la de España, Alemania o Francia.

Así pues, aunque a muchos pueda hacérseles difícil aceptarlo, la verdad es que, si entramos en una casa de gitanos de Sevilla o de Estocolmo o de Frankfurt; o en la tienda regentada en París por una familia india o árabe; o en una reserva comanche de Texas, no nos hallaremos en Occidente, aunque la geografía así pueda aseverarlo.

Desde el preciso momento en que traspasamos la puerta para introducirnos en alguno de estos lugares hasta el justo instante en que volvamos a hacerlo para salir de ellos, nos encontraremos en un lugar en el que la vida y el comercio funcionan de acuerdo a otras leyes distintas de las del mundo que está más allá de las puertas: las leyes de Oriente.

Sí, en Madrid, entramos en El Corte Inglés para comprar una camisa, estaremos en Occidente. Sí, también en Madrid, entramos a lo mismo, pero no en El Corte Inglés, sino en una tienda de El Rastro que sea propiedad de una gitana, no estaremos en Occidente. Estaremos en Oriente.

Decíamos que la frontera que, más allá de la geografía, verdaderamente hace disímiles a Oriente y Occidente era una frontera de tipo espiritual que separaba a dos tipos de hombres esencialmente distintos.

Podemos decir que hay dos grandes concepciones del mundo y de la vida, dos maneras diferentes de estar ante la realidad, que separan a unos hombres de otros.

La vida y el mundo pueden ser comprendidos desde el punto de vista tradicional o desde el punto de vista moderno. Desde el punto de vista de lo sagrado o desde el punto de vista de lo profano.

La concepción tradicional y sagrada del mundo y de la vida es la propia de Oriente. La concepción moderna y profana del mundo y de la vida es la propia de Occidente. La concepción tradicional y sagrada del mundo y de la vida ha producido un tipo de hombre centrado y conocedor de su naturaleza íntima: el hombre oriental.

La concepción moderna y profana del mundo y de la vida ha producido un tipo de hombre descentrado y desconocedor de su naturaleza íntima: el hombre occidental.

En rigor, cuando se habla de que el hombre contemporáneo está sumido en una profunda crisis de valores, lo que debería decirse es que quien está en crisis no es el hombre, sino el hombre occidental en concreto. Porque ese prototipo de individuo esquizofrénico, descentrado, que a los cuarenta años se sigue preguntando que pinta en esta vida, tan representativo de lo que es el europeo de hoy, prácticamente no existe en Oriente.

De hecho, mientras que dos europeos pertenecientes a la misma clase social pueden ponerse a charlar acerca del amor y no sólo sostener posiciones contrarias, sino no comprenderse en lo más mínimo, hasta el punto de sentir que hablan idiomas diferentes, dos hindúes, perteneciente uno a la más alta casta y a la más baja el otro, se comprenden entre sí sin necesidad de palabras. ¿Por qué?. Porque están centrados y comparten el mismo centro, en tanto el occidental, mosca revoloteante que chupa del primer plato que se encuentra, no sólo no tiene la más remota idea de donde puede estar su centro, sino que ni siquiera sabe que ese centro exista.

Los gitanos, a pesar de nuestro largo caminar desde las riberas del Indo hasta el Cono Sur de América, seguimos siendo un pueblo esencialmente tradicional, fiel a grandes rasgos, en nuestra constitución espiritual y somática básica, a los valores de nuestros antepasados, que, por fidelidad al hinduismo, abandonaron el solar de sus padres saqueado por los musulmanes para enfrentarse a un destino incierto en las tierras donde el sol se pone.

De ahí que el maestro que se encuentre ante un pupitre ocupado por un niño gitano deba, creo, de tener en cuenta que tiene ante sí, no a un niño cuyos antepasados descubrieron la maquinilla de afeitar eléctrica, o la granada de mano o la televisión, sino a un niño cuyos antepasados descubrieron el yoga, los números que hoy el occidental utiliza y las claves de la música más avanzada que se conoce: la devocional hindú. Un niño cuya sensibilidad funciona en una frecuencia de onda muy diferente a la de los niños occidentales.

Todo maestro que se empeñe en considerar al alumno gitano como un alumno más, en nada diferente al resto, como un alumno payo, en definitiva, indefectiblemente fracasará como pedagogo.

Se me ha dicho que, poco a poco, van surgiendo en el campo de la enseñanza personas que comprenden cuanto estoy diciendo, pero son pocas, y probablemente sea ley de vida, porque lo cierto es que al occidental, habitualmente, le

parece totalmente incomprensible y siente como algo profundamente anormal la existencia de comunidades que puedan desarrollar una vida armónica rigiéndose por valores distintos, y a menudo contrarios, a los que él sustenta. Aquello que no conoce o que no comprende lo tacha de superstición.

Esto que digo transparece con toda claridad en la baja consideración que, para el hijo de la civilización moderna, merecen las gitanas que, por la calle, se ofrecen para leer la palma. El occidental las considera de antemano unas engañabobos, en tanto, sorprendentemente, tiene por merecedores de todos sus respetos a los políticos que, como aprendices de brujos, se dedican cada cuatro años a predecirles su destino... sin acertar nunca.

Ahora, cuando varios estudios antropológicos e históricos han levantado la venda que cubría los ojos de los occidentales, testimoniando y dando fe de nuestra ascendencia indostánica, el gusto por las artes adivinatorias no puede sorprender en el gitano, puesto que los indios, aún hoy, sienten verdadera pasión por ellas, y -con muy buen sentido- las consideran, desde el punto de vista espiritual, superiores a las ciencias tradicionales o profanas.

Mi última visita a India, por ejemplo, coincidió con la entrega del más prestigioso galardón con que en esta nación se premia la investigación científica a un astrólogo. Han oído bien. No he dicho astrónomo, sino astrólogo. Las protestas airadas de los científicos pro-occidentales fueron escuchadas por la sociedad india con la más absoluta de las indiferencias.

Todavía en nuestros días, pues, la quiromancia y la astrología son en India puntos de referencia cultural y social de tal importancia que raramente nadie contrae matrimonio sin haber antes comparado con la suya la carta astral del futuro cónyuge. Los gitanos irrumpimos, pues, en Occidente practicando la quiromancia con toda naturalidad no sólo para ganarnos la vida, sino porque en el mundo del que procedíamos era un hecho social de profunda importancia y altamente respetado.

Algo parecido sucede con la nula comprensión de la cuestión de la virginidad, derivada del entendimiento por el gitano -como por el indio, como por el oriental en general- del matrimonio no como simple acuerdo, sino como identidad y comunión.

Aunque a los reporteros occidentales pueda parecerles ridículo, en las grandes revistas de opinión de India se abordan, en fastuosos reportajes, con toda naturalidad y con

mayor despliegue de páginas que el dedicado a las grandes

cuestiones políticas o macroeconómicas, temas como el de la castidad. Conservo aún, por su rareza en este lado del mundo, una encuesta en que se interrogaba a un prominente hombre de negocios, un sex-symbol de la pantalla, un gerifalte del gremio del taxi, un diputado, un catedrático, un célebre dramaturgo y un ídolo del deporte acerca de cuál sería su reacción si descubriera a su hija soltera besando a un chico.... Naturalmente, todos partían de que esa posibilidad era, en el caso concreto de sus hijas, prácticamente imposible.

Por descontado que la preocupación del gitano por la virginidad de la mujer causa soberana extrañeza al hombre occidental, que está acostumbrado a que sus hijas vuelvan a casa borrachas a las seis de la mañana y hayan, a los veinte años, tenido cuatro novios, para quien esto es una menudencia, algo sin importancia.

A los gitanos, por contra, lo que nos sorprende es que al occidental le preocupe más la virginidad de Chabeli que la de sus hijas.

Por otra parte, el gitano, como buen oriental, es consciente de que su principal sustento, tanto el material como el espiritual, reside en la Providencia divina, tal y como Cristo enseñara al decir: "Mirad como las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? (...) Buscad, pues, primero el Reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástele a cada día su afán". El occidental, artífice de un mundo absolutamente desacralizado, hombre sin raíces, superficial y carente de vida interior, relativizado en lo relativo, sin valores absolutos, no puede comprender esto. De ahí que viva para trabajar, esclavo de la producción, en tanto el gitano trabaje para vivir, y para vivir al día.

Creo que muchos comprenderán, después de esta exposición, el porqué de la reticencia de muchos padres gitanos a enviar a sus hijos al colegio, temerosos de que todos estos valores materialistas les sean inculcados.

El contacto continuado con la visión del mundo paya es terriblemente peligroso para el gitano. Esto es inaudible. Para que nos demos cuenta de ello, basta que nos detengamos en el dato de que, por primera vez en la historia, en los centros de enseñanza pública no se enseña nada a los niños a cerca de la existencia de Dios. Todas las sociedades anteriores a la civilización occidental blanca legitimaron su existencia en alguna apelación a lo divino. La



circunstancia de que la actual sea la única que, en toda la historia, ha prescindido de Dios, es suficiente para que detectemos en ella un carácter anormal.

¿Cómo no va a desconfiar el gitano de poner a sus hijos bajo la tutela de una gente que les va a contar la falacia de que el hombre desciende del mono, estupidez pseudo-científica a la que ninguna persona seria, mucho menos un gitano, puede dar crédito? ¿Cómo el gitano, que exalta la virginidad de la mujer, no va a desconfiar de poner a sus hijas bajo la tutela de gente que les va a recomendar que lleven el bolso lleno de preservativos, como las prostitutas esquineras? ¿Cómo no va a desconfiar el gitano de poner a sus hijas bajo la tutela de quienes le van a decir que el aborto es un derecho, cuando el gitano sabe que el aborto no es un derecho, sino un crimen?

Sin embargo, en contra del parecer de la mayoría de las asociaciones que se llaman gitanas, que defienden en sus comunicados lo que ellos llaman educación "interracial", no creo que sea la escuela pública quien en España o en cualquier otra nación de Occidente, tenga el deber, ni moral ni de otra clase, de garantizar a los alumnos gitanos una enseñanza especial, impartida mediante programas o textos que se ocupen de su historia o de su idiosincrasia.

Al fin y al cabo, nadie nos pidió nunca, desde la sociedad paya, que nos agregásemos a ella. Nuestros antepasados se plantaron en Occidente porque les dio la gana. Y lo mismo que vinimos a España porque quisimos, nadie nos retiene aquí por la fuerza.

Creo que es el hogar el seno de la familia, la escuela donde el carácter del joven gitano ha de ser formado en los valores de su raza, de modo que pueda contar con una coraza protectora que le haga lo menos permeable posible a las influencias materialistas en su contacto con los centros de difusión de la cultura gachí.

La principal cuestión es que todos sabemos que la cultura gitana está sumida en un avanzado proceso de descomposición, hasta el punto de que no son pocos los gitanos que, preguntados a cerca de que significado pueda tener para ellos la tradición gitana, solo puedan hacer vagas y brumosas alusiones a camisas de lunares.

Este es un mal que alcanza, tarde o temprano a todas las culturas sustentadas en una tradición que se transmite por vía oral, a la que el tiempo, minador de la memoria, va indefectiblemente desgastando.

Este problema afecta a todas las tradiciones orientales en general, tradiciones que depositan su fe en el poder mágico y sagrado de la palabra, y que solo muy tardíamente se transcriben al papel.

Podríamos preguntarnos por qué, por ejemplo la tradición indú (en el seno de la cual, si no en todas sus formas, si en su esencia sigue viviendo el gitano) continúa viva en India miles de años después de su labor.

La razón es que el sedentarismo ha favorecido el funcionamiento estable e ininterrumpido de los templos y la perpetuación de un sacerdocio brahman que ha puesto su memoria, durante siglos, exclusivamente al servicio de la continuidad viva y fiel de esta tradición.

El gitano, por contra, sometido a todos los azares e imponderables, a la permanente provisionalidad de una vida nómada, ha ido dejando en el camino la mayoría de las formas propias de la civilización a la que pertenece, cuyos principios inmutables y eternos, siguen de alguna manera vivos en los vericuetos de sus genes y en el fondo del pozo de su memoria.

Además, este proceso degenerativo, natural en todas las tradiciones orales y especialmente dañino para los pueblos nómadas, se ha agudizado gravemente en los últimos veinte o treinta años, en los que Occidente se ha mostrado más voraz que nunca y ha cometido los mayores espolios, entre otros el de llevar a la práctica la consigna de incorporar al gitano por la fuerza al estilo de vida payo o condenarle a sufrir unas condiciones de vida lo más degradadas y penosas posibles.

Naturalmente, la recuperación y restauración por el gitano de su tradición no es asunto que concierna ni al Estado payo ni a los centros de enseñanza que de él dependen, sino única y exclusivamente al gitano. De nosotros y de nadie más, depende que en el futuro podamos seguir llamándonos verdaderamente gitanos o nos convirtamos en payos con camisas de lunares.

Chimo Bustamante y Jesús Salinas me sugirieron que incluyese en el contenido de esta charla algo de política-ficción, y dijese algo acerca de lo que podría representar para el pueblo gitano un hipotético retorno en masa a India, la tierra de sus antepasados.

En lo que a ese hipotético retorno a India se refiere, puedo decir que por lo que sé, contaría el gitano con apoyos logísticos importantes de miembros de la Administración y gentes de alta casta de determinados Estados indios, que están sensibilizados con el pasado y presente sufriendo de los Roma y nos consideran hermanos de sangre.

Naturalmente en India no estaría, como ninguna otra nación del mundo, dispuesta a admitir un repentino incremento de quince millones de individuos en su población,

cuyo crecimiento desmesurado es, precisamente uno de los grandes problemas que quitan el sueño a sus gobernantes. Por otra parte, está claro que serán muchos los gitanos que, desde el punto de vista espiritual y desde el de lo práctico, no se sientan tentados por un recomenzar su vida en India. Ya sabemos que no todos los individuos pertenecientes a una misma raza reflejan con idéntica intensidad y pureza el arquetipo del que proceden.

Pero, dado que vivimos actualmente en una sociedad obsesionada por el progreso y la homogeneización a cualquier precio, sí creo que sería importante que, al menos una minoría, se reintegrara sin pretensiones parasitarias en la sociedad tradicional de la que somos hijos, reencontrándose con las fuentes vivas de nuestra Tradición, de modo que pudiera impulsar con su experiencia una revitalización de la cultura gitana y del orgullo de ser y morir kaló entre nuestros hermanos.